



GUERRA  
DE LA  
INDEPENDENCIA

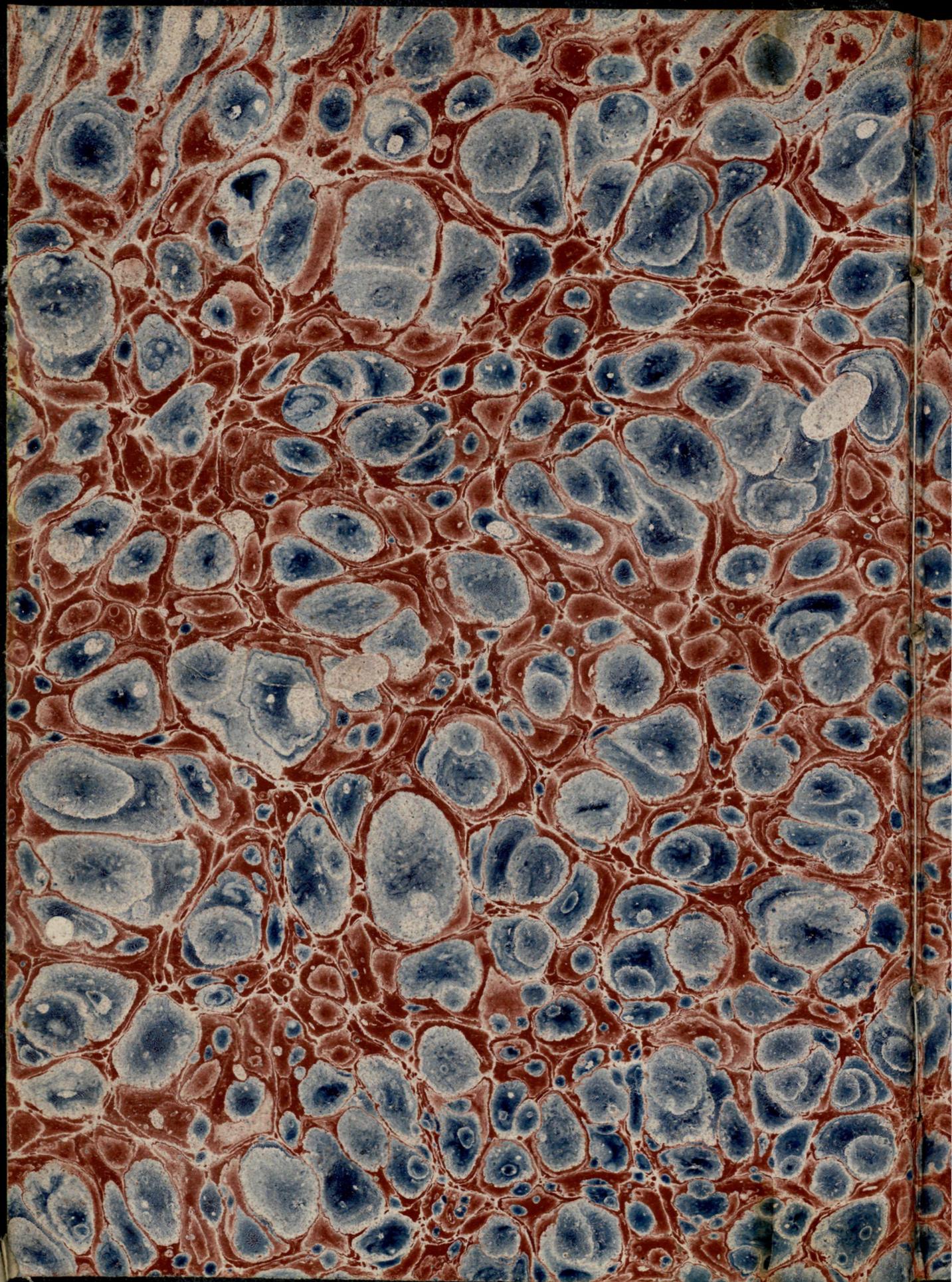
3

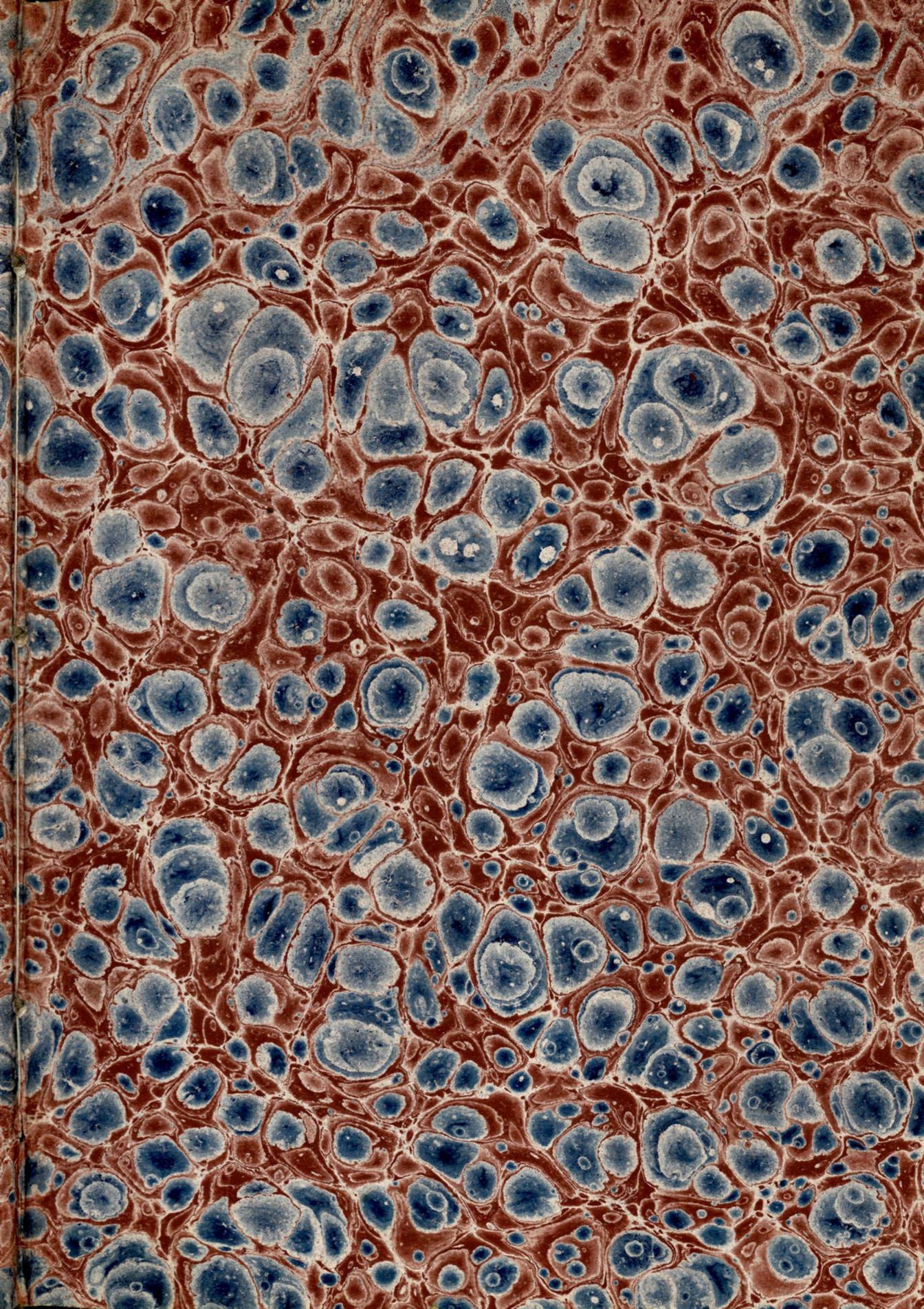
FONDO ANTIGUO

**A-3044/3**

Biblioteca Regional







A-3044/3

R  
145660

# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

## Narracion histórica

DE

los acontecimientos de aquella época,

PRECEDIDA

*del relato crítico de los sucesos de mas bulto ocurridos durante el reinado de Carlos IV, seguida del de la época de 1814 á 1820, de la constitucional de 1820 á 1823, y de la continuacion del reinado de Fernando VII hasta la muerte de este monarca, y terminada con un cuadro ó exámen comparativo de los reinados de Carlos IV y Fernando VII,*

por **D. Miguel Agustín Príncipe,**

Licenciado en Derecho Civil; Abogado de los tribunales del Reino; ex-moderante de la Cátedra de Historia y Literatura de la Universidad de Zaragoza; Bibliotecario cesante de la Nacional de esta Corte; Sócio fundador del Instituto Español, y del estinguido Museo Lirico, Literario y Artístico de Madrid; Presidente de sus secciones de Literatura, y ex-Catedrático de esta facultad en el mencionado Museo; Individuo de la Sociedad Económica de Amigos del Pais de esta Corte; Sócio de número de la sociedad Arqueológica Matritense y Central de España y sus colonias, etc., etc.

OBRA PINTORESCA,

adornada con mas de mil grabados en madera y láminas  
litografiadas ó grabadas.

---

**TOMO TERCERO.**

---

**MADRID.**

**IMPRENTA DEL SIGLO A CARGO DE D. VICENTE BLOSCA.**

1847.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

Historia de España

de

los reyes visigodos de aquella época.

LIBRO

del reinado de los reyes visigodos de España desde el año 475 hasta el año 711, en el que se conquistó por los árabes.

por D. Rafael Altamira

El autor de esta obra es D. Rafael Altamira, profesor de Historia en la Universidad de Barcelona, y autor de varias obras de Historia de España. Esta obra es una continuación de la obra de D. Claudio Sánchez-Albornoz, y se divide en tres tomos.

LIBRO

revisada con los mejores ejemplares en un solo volumen.

TOMO TERCERO



MADRID

IMPRESA DE LOS SEÑORES ALFONSO Y C.ª

1917



*Mas ay! que ella lidiaba  
Y sangre á rios sin cesar vertia,  
Y mientras fiera á un despota vencia,  
El trono de otro despota elevaba!!!*

EL AUTOR, Oda á el Dos de Mayo.





## CAPITULO I.

Estado de la nacion á principios del año 1810.—Considerables refuerzos que recibe el ejército francés: se dirige este á las Andalucías: penetra en las gargantas de Sierra Morena: destruye las divisiones españolas que defienden su paso.—Ocupa Sebastiani á Granada y Málaga.—Marcha Victor sobre Sevilla: entra en dicha ciudad José Napoleon con su ejército.—Conflicto de la Junta Central: se retira á la Isla de Leon: desmanes populares contra algunos de sus individuos.—La plaza de Cádiz nombra una Junta de Gobierno para que prepare su defensa: entusiasmo de los habitantes.—Disolucion de la Junta Central: nombramiento de la Regencia.—Entra en la Isla la division del duque de Alburquerque.—Llegan los franceses á la vista de Cádiz: le intiman la rendicion: la cónica respuesta de la junta.—Quejas del duque de Alburquerque: es relevado del mando del ejército: marcha de embajador á Londres, donde muere.—La Gran Bretaña conoce lo critico de su situacion: hace salir á su ejército de la inaccion en que se encuentra.

**E**MPROMETIDO, triste y estremadamente apurado era el estado de la nacion á principios del año 10. Destruido en Ocaña el ejército mas poderoso que habiamos reunido durante la lucha, y cuya organizacion era fruto de los que parecian ser ya sus últimos é impotentes esfuerzos; desbaratadas en Alba de Tormes las fuerzas que á las órdenes del duque del Parque operaban en la provincia de Salamanca; rendida Gerona, despues de haber admirado al mundo con su heroica defensa; abandonados los españoles del ejército aliado, que se habia internado en Portugal; triunfantes las legiones imperiales en Cataluña, Aragon y Valencia; envuelta la Junta Central en el conflicto de tantas desgracias y entre las pasiones de sus componentes, y amortiguado el espíritu público, ya por el desaliento que acompaña siempre al infortunio, ya por la inercia de los que abandonado habian la sagrada obligacion de dirigirlo rectamente, parecia llegada la época señalada por el destino para la muerte de nuestra independenciam. ¿Por dónde, se preguntaban los españoles, atónitos á la vista de tan inesperadas desgracias, por dónde hemos llegado á la triste posición en que nos vemos? ¿Qué se han hecho nuestros sacrificios y nuestros triunfos de 1808? ¿No fuimos nosotros los primeros que en

Valencia, Bailen y Zaragoza obligamos á lamer el polvo á aquellas orgullosas legiones que habian talado la Prusia, hecho volver las espaldas á las huestes del gran Federico, y señoreándose del alcázar de María Teresa? ¿Cómo es, pues, que esas mismas legiones se ostentan ahora triunfantes, humillando de un modo tan triste la altivez y el orgullo español?

Las respuestas que podian darse á estas sentidas preguntas eran desgraciadamente mas propias para aumentar el desaliento que para reanimar el espíritu nacional, pues al paso que nuestras desdichas eran obra en su mayor parte de la reconocida impericia que caracterizaba al gobierno, las miras retrógradas de este en lo que concernia, á la reforma hacian fundadamente esperar, sino se variaba de hombres, que el fruto de los nuevos sacrificios prestados por el país á fin de sostener su independencia, vendria á ser en último resultado el que obtuvieron nuestros mayores, cuando despues de sostener por espacio de mas de 700 años una lucha cruel y desoladora, legado funesto de los desórdenes de Witiza y Rodrigo, no lograron sino labrar otra cadena mucho mas pesada que la de los mismos infieles, cayendo tras el triunfo conseguido nuestros fueros y libertades en todas las provincias de España.

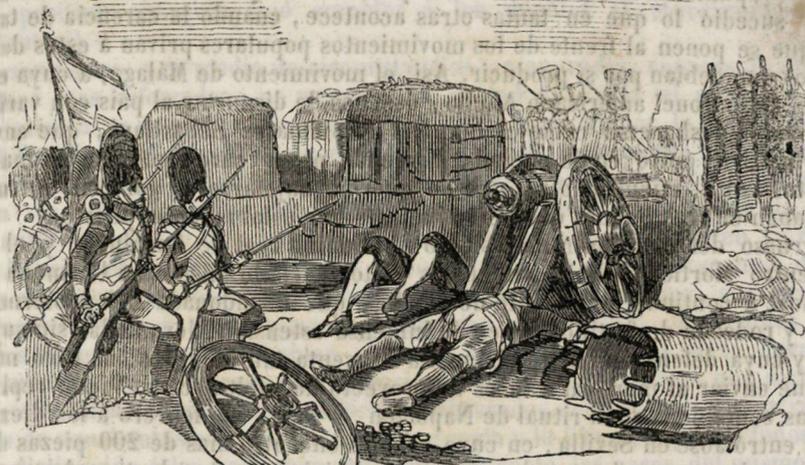
Estas convicciones que principiaban á germinar entre los hombres pensadores y de las que, con utilidad comun, pudiera haber sacado tan ópimos frutos el emperador Napoleon á cegarle la ambicion algo menos, contribuyeron á aumentar el tédio con que gentes amantes del progreso miraban á la Junta Central; y esto, unido á la circunstancia de seguir en aumento los desastres, hizo acelerar su caída, siguiendo mientras tanto firme España en su empeño de *morir ó vencer* antes que ceder al tirano.

Una resolucion tan heroica como propia del valor español, que parece vigorizarse cuanto mas arrecia el peligro, fué toda necesaria para no sucumbir al inmenso poder que el ejército invasor ostentó al principio de este año, cuando Napoleon, libre ya de la guerra del norte por la ventajosa paz que alcanzó en el Danubio, y preparando su enlace con la archiduquesa Maria Luisa, despues de repudiar á Josefina, fijó toda su atencion en los asuntos de España, cuyo ejército aumentó hasta el número de trescientos mil hombres. Con él pensó espulsar ante todo á los ingleses de Portugal, facilitando asi su dominacion en toda la Península; pero á su hermano José, cuyo principal deseo era la disolucion de la Junta Central, á quien equivocadamente creia condicion esencial y sine *qua non* de la resistencia de los españoles, le pareció mejor, y asi lo propuso al emperador, invadir antes las Andalucías.

Alcanzada su venia para ello, púsose José á la cabeza de un ejército de cincuenta y cinco mil hombres, cuya direccion encargó al mariscal Soult, quien siguiendo las instrucciones de Napoleon, pensó en penetrar desde luego en el país andaluz por las gargantas de Sierra Morena.

La posteridad se negará á creer que unas sierras formadas expofeso por la naturaleza para librar aquel territorio de invasiones estrañas, se encontráran despues de dos años de una guerra invasora sostenida contra tan experimentados caudillos, abandonadas enteramente á su estado natural, cuando debian haberse convertido en otras nuevas Termópilas, incomparablemente mas fuertes é inespugnables que las que sirvieron de tumba á los trescientos héroes espartanos.

De este inconcebible abandono del gobierno español se aprovechó oportunamente el ejército de José, y mientras el 20 de enero forzaba el general Dessolles el puerto del Rey, y dispersando á los españoles de Giron que se hallaban en él se dirigia á la Carolina, pasó el general Gazan el puerto de Muradal, y estrechando á los nuestros por su retaguardia facilitó la marcha por el camino de Despeñaperros á su compañero Mortier, quien obligó á los españoles situados en dicho puerto á abandonar sus posiciones y emprender la fuga, dejando en poder del enemigo quince piezas de artillería y varios prisioneros. Alguna mas resistencia encontró Sebastiani por la parte de Montizon, pues el general D. Gaspar Vigodet, á pesar de la inferioridad



de sus fuerzas, defendió por espacio de dos horas las ventas Nueva y Quemada, y aun hubiera conseguido continuar su retirada tan ordenadamente como la habia empezado, si la cobardía de uno de sus escuadrones no hubiera introducido el terror en la infantería y causado la dispersion de toda la division, refugiándose Vignot á Jaen, en donde encontró á los generales Areizaga, Giron y Laci desesperanzados todos del buen éxito de la lucha. Al dia siguiente alcanzó Sebastiani á la division del general Castejon y la hizo toda prisionera en Arquillos, cerca del Guadalimar.

La pérdida de los españoles en estas dos jornadas ascendió á dos generales, muchos oficiales y seis mil hombres prisioneros, cayendo igualmente en poder del francés todos los almacenes, parques y hospitales de las divisiones que despues de la derrota de Ocaña se habian reunido en Sierra Morena.

Salvados por los franceses, y á tan poca costa, unos puntos que pudieran haber servido de sepulcro á su ambiciosa soberbia, marcharon sin obstáculos hácia Granada y Sevilla. A la primera de estas ciudades dirigióse el general Sebastiani con su division, y el 28 alcanzó en Alcalá la Real las reliquias de las tropas españolas de Sierra Morena, que en número de siete mil hombres se replegaban sobre Granada, á las órdenes de los generales Areizaga, Freire y Copons. En Alcalá hubo un choque sangriento, hasta que en vista de la escesa superioridad del enemigo, se retiraron los españoles hácia Guadix, abandonando el parque de artillería en Iznalloz, y marchando Areizaga á Murcia con algunos caballos, y Copons con su pequeña division al condado de Niebla.

Destituida Granada de todo medio de defensa, y sobrecogida con tan repetidas derrotas, hubo de resignarse á su suerte dejándose arrollar del torrente, y abandonando su hermoso suelo á discrecion del general Sebastiani, el cual hizo prestar juramento de fidelidad al rey José tanto á los empleados públicos, como á las personas notables de la ciudad y á un batallon suizo de mil hombres que, procedentes del ejército de Dupont, se habian alistado en las banderas españolas. Utilizando luego Sebastiani los abundantes almacenes de provisiones que encontró en Granada, fortificó la Alhambra, guarneciéndola con seis mil hombres y abasteciéndola de viveres para seis meses.

Tomadas estas y todas las demas precauciones que la prevision exigia, marchó

sobre Málaga, en cuya ciudad la noticia del paso de los franceses por Sierra Morena, lejos de abatir habia exaltado la ardiente fibra andaluza, en términos que si hubieran los paisanos tenido la felicidad de encontrar hombres dignos de dirigir su entusiasmo, pudieran haber dado mucho que hacer al ejército invasor. Pero en esta ocasion sucedió lo que en tantas otras acontece, cuando la carencia de talentos en los que se ponen al frente de los movimientos populares privan á estos de todos los frutos que debian por sí producir. Asi, el movimiento de Málaga, á cuya cabeza se puso el coronel americano Abello, despues de disgustar al pais con varios excesos, vino á deshacerse como el humo al aproximarse Sebastiani, que envuelto con los fugitivos entró en la ciudad, haciendo pagar caro á muchos su mal dirigido entusiasmo, mientras otros que no querian sujetarse al gobierno intruso se embarcaban en tres buques de guerra ingleses que estaban en el puerto.

El grueso del ejército francés siguió el camino real de Andalucía, y el 28 de enero entró Mortier en Ecija, mientras Victor hacia lo mismo en Carmona, presentándose á continuacion delante de Sevilla, que abandonada del gobierno, sin ejército y rodeada de fortificaciones de inmensa estension, levantadas sin sujecion al arte y cuya defensa exijia de cincuenta á sesenta mil hombres, no tuvo mas arbitrio que enviar al mariscal francés un proyecto de capitulacion. Victor repitió las promesas contenidas en el ritual de Napoleon, y el 1.º de febrero á las diez de la mañana entró José en Sevilla, en cuyo recinto encontró mas de 200 piezas de artillería, un inmenso número de armas y municiones, abundantes almacenes de víveres y una crecida riqueza en azogues y tabacos, todo lo cual hubiera podido salvarse sin el aturdimiento de la Junta Central, de la cual es preciso ocuparnos por última vez.

La Junta Central, con la anarquía en su seno y el desaliento en su ánimo, luego que supo el movimiento de los franceses sobre las Andalucías, decretó en 13 de enero su traslacion á la Isla de Leon, en donde debia reunirse el 1.º de febrero; pero la precipitacion con que avanzaba el enemigo, y sus no interrumpidos triunfos llevaron la consternacion y el espanto al seno de aquella corporacion, cuyos azorados vocales salieron en la noche del 23 al 24 de enero, unos por el rio hasta San Lucar y otros por tierra hácia Jerez, sin haber tomado antes ninguna de aquellas urgentes providencias que tan imperiosamente reclamaba lo crítico de la situacion, quedando la desgraciada Sevilla espuesta á todas las funestas consecuencias que de tan súbito abandono debian temerse. Por fortuna las evitó en gran parte la resolucion del pueblo sevillano, que en la mañana del 24 proclamó á la junta provincial de Sevilla por Suprema del reino, nombrando individuos suyos á D. Francisco Saavedra, al general Eguía, al marqués de la Romana, á Palafox y al conde del Montijo, que aunque pertenecientes á la Central, se encontraban presos entonces por disposicion de esta misma. De los centrales que marcharon por tierra, fueron insultados algunos en Jerez de la Frontera, corriendo varios de ellos grave riesgo de perecer á manos de la plebe que, como sucede en tales casos, no sabia atribuir sus desgracias sino solamente al gobierno.

Uno de los hechos que mas altamente deponen contra la Junta Central, y evidencian su incapacidad para el mando, es sin duda alguna el olvido en que en medio de tantos conflictos tuvo á la importantísima plaza de Cádiz. Esta ciudad, que situada entre el Océano y el Mediterráneo está destinada por la naturaleza á ser el emporio del comercio de ambos mundos, y cuya aislada posicion es la mas propia para convertirla en la primera poblacion libre de un sistema mercantil, debiendo en el interin ocupar un lugar preferente en los cuidados del gobierno que, gozando la dicha de poseerla, sea capaz de conocer todas las ventajas que de su conservacion puede reportar; esta ciudad, decimos, se encontraba en la mas absoluta ignorancia de cuanto pasaba en Sevilla, en tanto grado, que su gobernador, D. Francisco Javier Venegas, al comunicar al pueblo las dudas que á él mismo le aquejaban, decia: «En este gobierno no hay mas antecedentes que un oficio del Sr. D. Francisco Saavedra, presidente de la junta de Sevilla, en el que aquel

*Excmo. ó Sermo.* Señor, le avisa que aquella corporacion ha reasumido en si el mando. » Nótese bien la incertidumbre en que se encontraba el gobernador de Cádiz, cuando no sabia el tratamiento que correspondia al Sr. Saavedra, puesto que ignoraba el carácter de la junta que presidia. ¡En tan lamentable horfandad, en tan positiva anarquía dejó sumidos á los pueblos el aturdimiento de la Junta Central!

A pesar de eso, y en medio de circunstancias tan apuradas, capaces de amilanar los ánimos mas esforzados, no presentó la ciudad de Cádiz el menor sintoma de abatimiento, y se equivocan mucho ó exageran bastante por lo menos los que, como el Sr. Muñoz Maldonado, creen que habria sido sorprendida y ocupada *fácilmente* si los franceses hubieran precipitado su marcha sobre ella. Equivócanse, repetimos: lo primero porque nunca existió dentro de sus muros la alarma que el citado autor supone, y lo segundo porque, aunque es verdad que en su recinto apenas habria mil hombres veteranos, contábanse en él sin embargo mas de diez mil, no armados tumultuosamente como supone dicho historiador, sino organizados, regimentados y perfectamente instruidos desde 1808. Mantenidos y uniformados á sus espensas, habian dado la guarnicion de la plaza durante la lucha, mandando á los ejércitos de operaciones los diez mil hombres que dicha ciudad necesita en pié de guerra. Estas fuerzas, abrasadas del mas ardiente patriotismo y llenas de aquel entusiasmo por la independencia y la libertad que en todos tiempos ha distinguido á los gaditanos, hubieran detenido los pasos del mismo Napoleon delante de las formidables baterías del puente de Zuazo, y dado lugar á la llegada de los millares de dispersos que de todas partes, y sin contar con la division del duque de Alburquerque, fueron reuniéndose en Cádiz en los primeros dias de febrero, á mas de que en último caso, y precisados á haber tenido que aventurar el todo por el todo, le quedaba siempre el arbitrio de abrir las puertas á la division británica, que con ese objeto se hallaba en la plaza de Gibraltar. Pero la prevision del patriotismo no dejó llegar la necesidad á semejante extremo, y para ello, á tiempo que el ayuntamiento de Cádiz celebraba su sesion ordinaria el 27 de enero, se presentó en él su distinguido síndico D. Tomás Isturiz, y con decision y firmeza manifestó al cuerpo municipal el estado critico de la patria y las medidas que debian adoptarse para la salvacion de la ciudad, siendo una de ellas, y ciertamente la principal, la creacion de una junta nombrada por el pueblo, compuesta de diez y ocho individuos, en consideracion al igual número de barrios en que estaba dividida la poblacion, para que se encargase de todo lo concerniente á la defensa de aquel interesante punto.

El ayuntamiento, asintiendo en un todo á los deseos del síndico, adoptó la creacion de la citada junta, y para su nombramiento fueron admitidos á votar, durante todo el dia y noche del 28, cuantos vecinos quisieron presentarse al efecto, sin escluir á clase alguna, resultando de un acto tan verdaderamente libre la corporacion mas popular posible, y tambien la demostracion mas evidente de que el pueblo cuando obra por su propio instinto y libre de toda coaccion, rara vez se equivoca, antes bien es en él lo comun encontrar casi siempre lo mejor.

El 29 se instaló la junta, sin aparato de ninguna especie; pero si en medio de la general satisfaccion y de la suma confianza que inspiraban los diez y ocho nombres que figuraron en ella, y en los que se veian representadas todas las clases de la sociedad, desde el honrado artesano hasta el opulento capitalista, desde el sabio y virtuoso eclesiástico hasta el bravo y mutilado militar.

Por mas que la calumnia, la envidia y la maledicencia hayan procurado denigrar á la junta gaditana del 29 de enero y oscurecer sus eminentes servicios, estos acabarán por confundir la murmuracion de sus émulos, obligándoles á reconocer que aquella corporacion debe ser considerada como la primera causa de la salvacion de la patria; pues sin su prestigio, sin los recursos de sus individuos, sin el crédito que muchos de ellos disfrutaban entre las primeras casas de comercio de todo el mundo culto, sin su heroico desprendimiento y sin las demas circunstancias que

tan altamente los distinguian , ni hubieran podido proporcionar al supremo gobierno las sumas inmensas que pusieron á su disposicion , sin las cuales le habria sido imposible salir del intrincado laberinto en que le tenian puesto los pasados desórdenes , ni les hubiera sido dado hacer frente á las multiplicadas obligaciones que los asediaban de continuo , ni hubieran podido , en fin , preparar como prepararon desde las columnas de Hércules , la reconquista de todo el suelo español. Pague-mos , pues , este tributo de justicia á la digna memoria de unos tan preclaros varones , que tras sus eminentes servicios retiráronse al hogar doméstico , sin sueldos , sin condecoraciones , sin distincion alguna y sin otra recompensa que la que goza el hombre virtuoso en la satisfaccion interior de su pura y tranquila conciencia , y en el íntimo convencimiento de haber cumplido con sus deberes.

Para lograr este fin dedicóse la junta gaditana desde el instante de su instalacion á trabajar asiduamente en beneficio público. El abasto de la ciudad , la traslacion á ella de los caudales y preciosidades existentes en los pueblos vecinos , el acopio de armas y municiones , el reparo de las fortificaciones , la construccion de otras nuevas , el vestido y equipo del soldado , la ereccion de hospitales ; en suma , cuanto un gobierno previsor y eminentemente popular puede disponer para prepararse á sufrir un sitio como el que esperaba á Cádiz , todo fué objeto de la solicitud de la junta en aquellos días de conflicto. Ella fué la que ofició al duque de Alburquerque , que vagaba por los flancos del ejército francés , para que se retirára sobre Cádiz , en donde encontraria su division todo cuanto necesitara ; palabra que cumplió exactamente , por mas que se haya dicho lo contrario. La cortadura de San Fernando , antemural formidable de Cádiz , que situada á una milla de sus últimas fortificaciones fué empezada en 1808 y ahora se hallaba abandonada , ocupó un lugar preferente en los cuidados de la junta , cuidados secundados dignamente por el entusiasmo del pueblo , que á mas de ofrecer las rejas de sus balcones y ventanas para clavarlas en sus flancos y dificultar asi el paso á la caballeria enemiga , se prestó á trabajar en las obras con tanta actividad y eficacia , que en tres días las puso en estado de artillarlas como correspondia. ¡ Patriotismo digno de elogio y de señalada mencion , el cual iba escediéndose á sí mismo , á medida que se aproximaban los terribles momentos de la prueba ! Asi fué que al ver desde las torres de Cádiz en la tarde del 5 de febrero entrar en la ciudad del puerto de Santa María la vanguardia francesa , entregóse aquel pueblo eminente á todos los transportes del júbilo : tanto era lo que deseaba medirse con los invasores. Al día siguiente entró en la Isla y pasó á Cádiz la division del duque de Alburquerque , con poco mas de ocho mil hombres , desalentada , desnuda , descalza y en un estado tan lastimoso , que sin la hospitalidad y recursos que encontró en aquella plaza , hubiera terminado por sí misma. Su retirada por entre mil peligros , ha sido y será siempre objeto de muy merecidos encomios.

Reunidos en la Isla los vocales de la Junta Central en 29 de enero , y conociendo que en medio de la odiosidad que inspiraban al pueblo érales absolutamente imposible permanecer mas tiempo con el mando , determinaron en decreto de aquella fecha abdicar su poder en una regencia compuesta de cinco individuos. Fueron estos el obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano , el general D. Francisco Javier Castaños , el marino D. Antonio Escaño , el ex-ministro D. Francisco Saavedra y D. Estevan Fernandez de Leon en representacion de las provincias de Ultramar ; pero por no ser este natural de aquellos países , fué reemplazado por D. Miguel de Lardizabal y Uribe , que lo era de Nueva España. Asi acabó la Junta Central , que en vez de los grandes beneficios que pudo proporcionar al país á haber comprendido mejor la elevada mision que tenia , hubiera evitado sin duda la mayor parte de nuestras desgracias , cubriéndose de gloria á la vez en sentido reformador.

El 31 de enero quedó establecida la Regencia , sin que la junta de Cádiz pusiera la menor resistencia á su instalacion , como equivocadamente asegura el señor Muñoz Maldonado. Dicha junta no supo la instalacion del nuevo gobierno hasta que se lo comunicó la misma Regencia , que mas concedora que Maldonado de las vir-

tudes cívicas que la distinguian, se puso en las manos de aquella, conociendo que en el estado en que los centrales dejaban á la nacion, sin numerario ni recursos de ninguna especie, solo una corporacion como la gaditana podia sacarla con bien de tan espantoso conflicto. Animados de esta conviccion los regentes, pensaron desde luego utilizar en beneficio comun la ventajosa posicion de la junta de Cádiz, dándole la superintendencia de las rentas del estado, como así en efecto lo hicieron, acreditando luego los resultados lo acertado de semejante medida.

El 6 de febrero, y no el 16 como asegura el mismo Maldonado, recibió la junta de Cádiz una comunicacion, no escrita de mano del rey José, cual pretende el predicho autor, ni concebida en los términos que él indica, sino firmada por tres de los generales españoles que seguian la corte del intruso, y lo fueron Salcedo, Obregon y Hermosilla. En ella decian, que el rey D. José Napoleon, al que llamaban su señor, despues de haber derrotado al ejército español en Ocaña y atravesado sin obstáculo las Andalucías, se ballaba en los bordes de la bahía de Cádiz, y que S. M., que no recibia agravio de los que no le conocian, ofrecia á los habitantes de Cádiz toda su proteccion y favor. A esta apacible manifestacion dió la junta la siguiente respuesta. «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al Sr. D. Fernando VII.» Esta sencilla contestacion se halla grabada en una lápida colocada en la escalera principal del tribunal de comercio de aquella plaza, local que en la fecha á que nos referimos ocupaba la junta del gobierno. A los pocos dias envió el mariscal Soult otra comunicacion igual al duque de Alburquerque, la que fué tambien respondida con dignidad. ¡Asi hubiera el duque cuidado de entenderse mejor con la junta! Pero dotado de un carácter altivo y dictatorial, no supo conocer su situacion ni la del pais. Mal aconsejado sin duda por algunos enemigos de aquella corporacion, publicó un manifiesto contra ella, manifiesto infundado en sus quejas y recibido con indignacion por todo el pueblo de Cádiz, no obstante lo que en contra aseguran autores harto mal informados de aquel desagradable incidente. La junta contestó como debía y luego, conociendo la Regencia que un general dotado de un carácter tan discolo y violento como el que en medio de otras buenas prendas distinguia á Alburquerque, podia comprometer cada dia la tranquilidad pública, relevóle del mando del ejército de Cádiz, que tomó provisionalmente el regente Castaños, y envióle de embajador á Londres.

No seguiremos al duque en su honroso y provocado destierro, ni nos haremos cargo del nuevo é injurioso manifiesto que en diciembre del mismo año publicó contra la junta, ni tampoco de la enérgica contestacion que esta le dió, contestacion que exaltó de nuevo su bilis sobrado irritable, siendo acaso la causa ocasional de la enfermedad que el duque contrajo, dando al fin con él en la tumba. Nosotros lamentamos las pasiones á que á veces se entrega el corazon mejor organizado para el bien. El duque se creyó *necesario* para la salvacion de la patria, y en España no hay hombres necesarios. Su último y deplorable error no nos impedirá, sin embargo, reconocer el eminente servicio que prestó á la causa de España arribando á la plaza de Cádiz, burlando sagazmente al enemigo. La historia lo cuenta en el número de los mas señalados é insignes, y si bien no fué tal su importancia que sin él no fuera posible la salvacion de la plaza de Cádiz como generalmente se dice, y como nosotros mismos hemos dicho en otra de nuestras obras, tiene no obstante toda la necesaria para hacernos indulgentes con los yerros que despues cometió su autor, yerros que no pueden impedir que al recordar la España su nombre derrame sobre la tumba que le encierra una lágrima de gratitud y de reconocimiento á su memoria.

La Gran Bretaña, cuya especuladora política la habia decidido escasearnos sus auxilios y á hacerla retirar su ejército para ver si así conseguia la ocupacion de Cádiz y la direccion de los ejércitos á que aspiraba, luego que los rápidos triunfos de las fuerzas francesas le avisaron el nuevo peligro que amenazaba caer sobre ella, mudó de sistema completamente y volvió á abrazar con calor la causa peninsular, empezando por mandar cuatro mil hombres á Cádiz, los cuales llegaron á principios

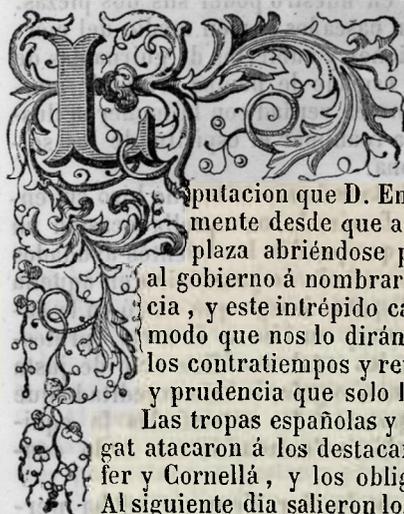
de marzo, pasando despues á la línea, y quedando en la plaza un solo regimiento, al que nunca se permitió guarnecer sus baterías ni cubrir ninguno de sus puntos.

Mientras la Regencia y la junta de Cádiz procuraban cada una en el círculo de sus atribuciones reorganizar el ejército, promover la insurreccion en la Serranía de Ronda y en otros puntos de Andalucía, y fortificar la línea de Cádiz del formidable modo que se hizo y que tanto escitó la admiracion de los mas entendidos guerreros, ocurrian en otras partes hechos dignos tambien de atencion, y asi será preciso examinar lo que en las demas provincias pasaba.



## CAPITULO II.

Se da el mando del ejército de Cataluña á D. Enrique Odonnell.—Entran los franceses en Vich.—Accion de Moyá.—Bloqueo de Hostalrich.—Acciones de Santa Perpétua y de Mollet.—El mariscal Augereau entra en Barcelona: depone y envía á Francia al general Duhesme.—El ejército español es derrotado en las llanuras de Vich.—Ocupan los franceses á Manresa y Villafranca: se sitúan en Reus.—Los españoles atacan á las guarniciones de Villafranca y Manresa.—Abandonan los franceses á Reus: regresan á Gerona.—Sitio de Hostalrich: abandonan los españoles aquel castillo.—Se apoderan los franceses de las Islas Medas.—El mariscal Macdonald reemplaza á Augereau.—Accion de Horta.—Operaciones del joven Mina: es perseguido por varios generales franceses: sorprende á Tallafra: manda esconder las armas y despide á su gente.—Espedicion de Suchet á Valencia: encuentro en Albentosa: union de los valencianos para la defensa: retirada de Suchet.—Sorpresa de Teruel.—Operaciones del general Villacampa.—Aparece segunda vez el joven Mina en Navarra: le hacen prisionero los franceses.—Sitio de Lérida: salida de sus defensores.—Batalla de Margalef.—Horroroso asalto de Lérida: rendicion de la plaza.—Injusticia de Odonnell.—Sitio y toma de Mequinenza.



A continua mutacion de gefes que esperimentó el ejército de Cataluña, donde en poco tiempo obtuvieron el mando los generales Blake, Portago, García Conde y Henestrosa, no dió lugar á organizar un plan para burlar las intenciones del enemigo despues que ocupó á Gerona. La reputacion que D. Enrique Odonnell habia sabido granjearse, especialmente desde que acometió la atrevida empresa de salir de aquella plaza abriéndose paso por en medio del ejército sitiador, decidió al gobierno á nombrarle general en gefe del nuestro en aquella provincia, y este intrépido caudido respondió á tan distinguida confianza del modo que nos lo dirán sus brillantes hechos, especialmente desde que los contratiempos y reveses de la suerte le fueron dando aquel aplomo y prudencia que solo la esperiencia puede enseñar.

Las tropas españolas y los somatenes que formaban la linea del Llobregat atacaron á los destacamentos enemigos de S. Justo, Esplugas, Garrofer y Cornellá, y los obligaron á replegarse á Barcelona el 5 de enero. Al siguiente dia salieron los franceses de esta plaza reforzados con tres piezas de artillería, con ánimo de forzar las posiciones de los españoles sobre la derecha del Llobregat, sin que la bizarría con que fueron defendidas les permitieran lograr su intento.

El mariscal Augereau, luego que rindió á Gerona, se propuso conseguir dos objetos, consistiendo el uno en restablecer las comunicaciones entre Barcelona y Francia, limpiando el país de las numerosas partidas que lo recorrian, de lo cual hemos hablado en parte al fin del capitulo último del II tomo; y el otro en obli-

gar á nuestro ejército á dejar el campo de Vich, donde estaba concentrado. Para llenar este último fin, dió orden al general Souham, que estaba acantonado en las inmediaciones de Olot, para que reforzado con la division italiana del general Pino, se dirijiese sobre Vich. Los somatenes intentaron detener á los franceses en los desfiladeros que separan á Olot de Vich; mas estos en número de mas de diez mil hombres lograron penetrar hasta esta última ciudad, desde donde pensaron pasar á Moyá, flanqueando el desfiladero de Collsuspina. Entonces los generales Odonnell y Porta, que con dos mil y doscientos hombres se habian situado en aquel paso, acometieron denodadamente al enemigo, y le precisaron á retirarse con gran pérdida. El 13 de enero volvieron los franceses á intentar el paso por la parte de la izquierda, consiguiendo que su caballeria penetrara hasta Moyá por el camino real. Los españoles les disputaron las alturas inmediatas todo aquel dia, y se retiraron despues sobre Cellent y puente de Cabriana. El 14 retrocedieron los franceses hasta Tona, y seguidos luego por los nuestros, tuvo lugar un reñido combate, en el cual el general Odonnell, con mas valor que prudencia, peleó á la cabeza de sus tropas como simple granadero, haciendo por sí mismo prisioneros tres oficiales franceses, que fueron tratados por él del modo mas distinguido.

Cumplido uno de los objetos que se habia propuesto Augereau, le faltaba llenar del todo el otro, reducido, como se ha dicho, á limpiar de partidas el camino de Barcelona, á la que se propuso proveer de viveres. Para verificarlo, púsose en marcha con nueve mil hombres y un abundante convoy, apoderándose de paso de la villa de Hostalrich, y dejando bloqueado su castillo, en el cual se habia encerrado el gobernador con la guarnicion. Sabiendo Duhesme (que continuaba en Barcelona sumamente escaso de viveres y recursos) la direccion de Augereau, salió sin dilacion á su encuentro; pero seguido de las divisiones de Orozco y del marqués de Campo Verde, fué derrotado por este en Santa Perpétua el dia 20 con pérdida de cuatrocientos prisioneros; y llegando al mismo tiempo la division del brigadier Porta, atacó á este una columna de mil y doscientos franceses que ocupaban á Mollet con dos piezas de artilleria, y la destruyó tan completamente, que apenas se salvaron doscientos hombres, quedando tambien en nuestro poder sus dos piezas. Los prisioneros cojidos en ambas acciones fueron paseados por en medio del ejército, precedidos de los dos cañones con inscripciones y cubiertos de guirnaldas de laurel, sirviendo de ovacion á los nuestros. Esta especie de pompa triunfal, aunque nada usada en nuestros dias, ni muy conforme en verdad con la moderna ilustracion, fué disculpable en aquella ocasion para reanimar el espíritu de los soldados, algo decaido desde la rendicion de Gerona.

El mariscal Augereau llegó con el convoy á Barcelona, en la que hizo su entrada solemne como gobernador de Cataluña, ofreciendo en aquella ocasion un nuevo ejemplo de las vicisitudes humanas y de lo que pueden los talentos ayndados de la fortuna; puesto que treinta años antes habia estado de guarnicion en aquella plaza como simple guardia walon al servicio de España. Luego que entró en la capital del Principado, depuso al general Duhesme y envióle á Francia, prestando el mal trato y dureza que habia usado con los catalanes. Este acto de justa severidad, que tan buena opinion hizo formar del nuevo gefe, habria acreditado que conocia y queria respetar los deberes que imponen á las autoridades la equidad y la justicia, si su ulterior conducta no hubiera desmentido tan bello concepto.

La escasez de viveres que siempre experimentaba Barcelona no dejaba permanecer á sus alrededores largo tiempo al ejército francés, por lo que, encargando Augereau el mando de aquella plaza al general Mathieu, regresó á la de Gerona, dejando algunos batallones sobre las alturas de Masanet para estrechar el bloqueo de Hostalrich, y ver si podia rendirlo por hambre. El general Souham recibió orden de adelantarse hasta Vich, y pasó, casi sin resistencia, los desfiladeros de la Garriga, por donde va el único camino transitable para carruajes y artilleria, pues por los demas que conducen á aquella ciudad, tienen que ir los transportes á lomo.

Los somatenes entretanto ocuparon todas las montañas de los alrededores de Vich, teniendo á los franceses casi bloqueados en sus mismos acantonamientos.

El general Odonnell, que con la franqueza y hasta popularidad de su carácter se habia ganado el afecto y confianza del ejército y del país, reunió en Mollet todas las fuerzas de que podia disponer, ascendientes á doce mil infantes y mil doscientos caballos, con los cuales, divididos en tres columnas y ayudados de un considerable número de somatenes, desembocó en la llanura de Vich. Los franceses ocupaban á esta y los puntos de Portona, Collespina y Cenfora, con las alturas que dominan dicha llanura por el occidente. Una division española atacó á Gulp, ocupado por un batallon francés, el cual se retiró ordenadamente, y á poco tiempo, estendiéndose el fuego por toda la línea, quedó empenada una accion general. El general Odonnell trató sucesivamente de envolver el flanco izquierdo, de romper el centro y de doblar ambos costados del enemigo; pero la firmeza con que se sostuvieron las tropas francesas dejó frustrados todos sus planes. En tal estado mandó desfilar por su derecha una columna de infanteria sostenida por la caballeria, mas



una brillante carga de la de los franceses derrotó á la caballeria española y deshizo la infanteria, declarándose desde este momento completa la victoria de parte del enemigo, el cual persiguió hasta Tona á los españoles, matando á muchos y haciendo un gran número de prisioneros. El campo quedó cubierto de muertos y heridos, y el ejército derrotado tuvo que buscar su salvacion en las montañas.

Al tiempo mismo que la sangre española empapaba la llanura de Vich, atacaban los somatenes á las tropas que bloqueaban á Hostalrich, siendo dispersados por estas con bastante pérdida.

El general Verdier, acantonado en la villa de Besalú, dispersó por aquel tiempo á dos mil y doscientos españoles que, mandados por un coronel suizo, fueron á atacarle. Tambien dispersó el mismo general á la Junta provincial que se habia instalado nuevamente en Arenys de Mar para activar la insurreccion general del Principado.

El mariscal Augereau, duque de Castiglione, que permanecia tranquilo en la alta Cataluña desde su regreso de Barcelona, creyó deber adelantarse hasta mas allá de dicha ciudad para, con arreglo á las órdenes que habia recibido, apoyar al ge-

neral Suchet que se preparaba á sitiar la plaza de Lérida. El mariscal emprendió la marcha á principios de marzo, dejando dos mil hombres para reforzar el bloqueo de Hostalrich. La division de Souham, que por haberse marchado éste á Francia á restablecerse de la herida que recibió en Vich, estaba mandada por el general Augereau, sobrino del mariscal de este nombre, se dirigió por Collespina y Manresa, y la division italiana, á las órdenes del general Severoli, marchó por San Celoni y Granollers, reuniéndose ambas sobre el Llobregat y Puente de Molins de Rey. La division italiana no encontró el menor obstáculo en su marcha, mas la division francesa encontró en Collespina un cuerpo de dos mil españoles, á los cuales obligó á retirarse. Manresa fué abandonada de su vecindario á la aproximacion del enemigo, y las tropas españolas que se hallaban en el Coll de Ordal se retiraron tambien sobre Tarragona. Las dos divisiones entraron en Villafranca y penetraron por el Coll de Santa Cristina hasta el campo de Tarragona, dejando libre la carretera real de Barcelona. Luego que el general Odonnell supo la posicion del enemigo, destinó una division de su ejército, al mando de D. Juan Caro, á entorpecer sus comunicaciones con Barcelona, y el 30 de marzo atacó Caro la guarnicion de Villafranca, fuerte de seiscientos cuarenta hombres, y la hizo toda prisionera, quedando asi cortada la comunicacion entre las dos divisiones que ocupaban el campo de Tarragona y el mariscal duque de Castiglione, que permanecia en Barcelona como punto central de sus operaciones. Las dos divisiones enemigas se acantonaron en Reus, mas allá de Tarragona, habiendo dejado antes una guarnicion en Manresa, cuya suerte no fué mejor que la de Villafranca.

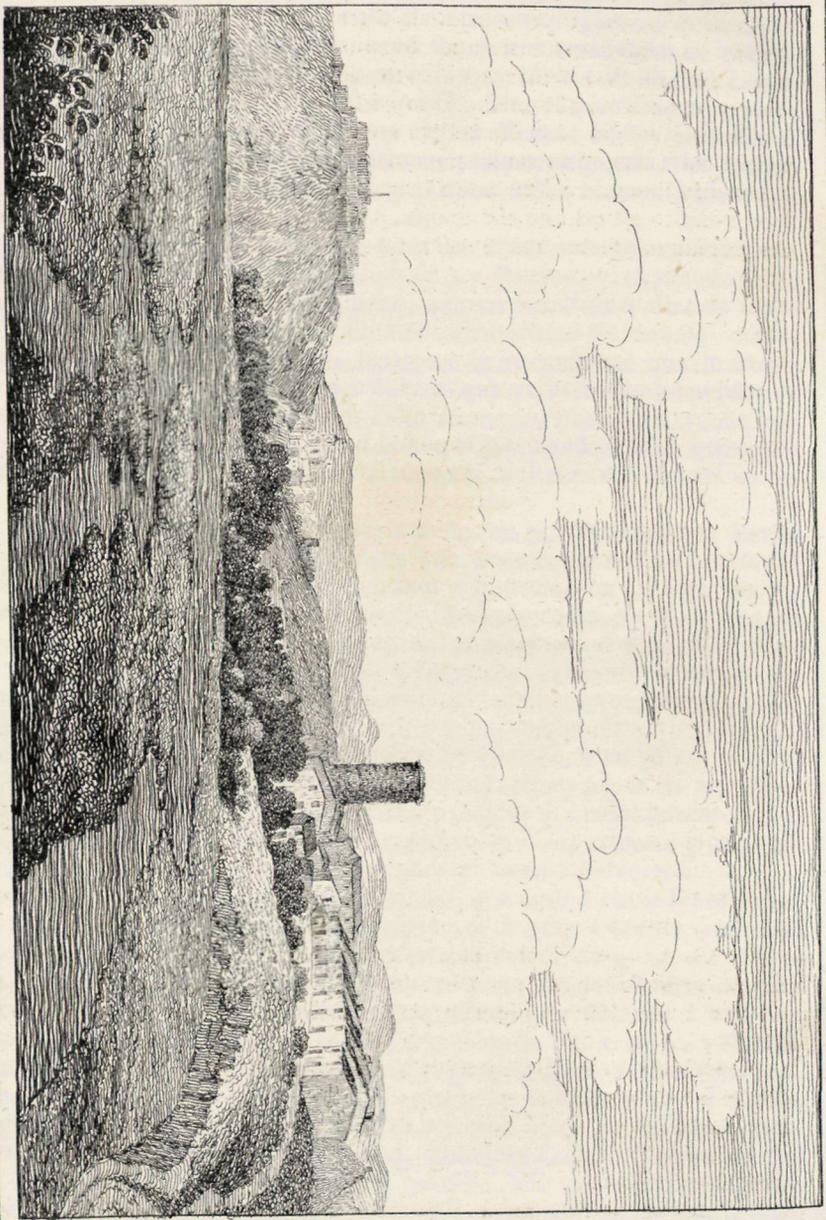
Herido el general Caro en aquella accion, recayó el mando de la columna en el brigadier Gasca, el cual se dirigió á Manresa con ánimo de apoderarse de los franceses que la ocupaban; pero al llegar á Esparraguera se encontró con dicha guarnicion, compuesta de la brigada del general Schwartz, á la cual atacó y arrolló, dejando fuera de combate mas de cuatrocientos hombres, y haciendo quinientos prisioneros, no consiguiendo el enemigo salvar sino solo trescientos hombres, los cuales fueron perseguidos á la bayoneta hasta los mismos reductos del puente de Molins de Rey.

Estos dos reveses hicieron sumamente critica la situacion del duque de Castiglione, cuyas comunicaciones con las divisiones estacionadas en Reus, que formaban la mayor parte de su ejército, quedaron interrumpidas. En tal posicion, determinó enviarles un correo por mar, ordenándoles el abandono de aquel punto, como lo abandonaron en efecto; pero concertaron tan mal sus movimientos, que habiendo comenzado á salir de Reus á las once de la noche para burlar la vigilancia de los españoles, al amanecer del dia siguiente apenas se habian evadido de aquella villa. Notado este desorden desde el campo de Tarragona, salieron los españoles de la plaza, y en union con los somatenes, incomodaron constantemente la marcha del enemigo. A su llegada á Villafranca, intentó Odonnell molestarle mas de cerca por haber hecho allí el primer alto; pero fué rechazada su vanguardia hasta el pueblo de Arbós, en donde tomaron posicion los españoles y se sostuvieron brillantemente.

Luego que estas dos divisiones entraron en Barcelona, determinó el mariscal volver á Gerona y situar sus fuerzas de modo que asegurasen la comunicacion con Francia é impidiesen el socorro de Hostalrich, cuya ocupacion interesaba á los franceses tanto mas, cuanto menos podian abastecer á Barcelona no viniendo los víveres de Francia.

El castillo de Hostalrich, defendido con 42 piezas de artilleria, y situado en una roca que domina las montañas de difícil acceso que por todas partes le rodean, no puede ser tomado sino por hambre. La guarnicion menudeaba sus salidas y el tiro-teo era continuo, disparándose con frecuencia sobre el enemigo bombas que le causaban bastante estrago.

El teniente coronel Villamil introdujo en el castillo el dia 4 de marzo un convoy de viveres, despues de haber batido á los sitiadores. Estos se acercaron mas á las



E. Perez lit.

Lit. de Perez y Jover

VISTA DE HOSTAL RIC.



murallas, imposibilitando de este modo la introduccion de subsistencias. Viéndose la guarnicion sin ningunas, y llegando su apuro al estremo de estar ya el agua para concluirsele, decidióse el general Estrada, que mandaba en el castillo, á correr el riesgo de abandonarle, procurando salvarse con los mil y doscientos hombres de su guarnicion, antes que sujetarse á una capitulacion que sabia no habia de cumplirse por parte de los franceses. Tomada esta determinacion, ejecutó su atrevido proyecto en la noche del 12 de mayo, acreditando el éxito muy oportuno de su arrojó; pues aunque, por una triste casualidad, cayó él con tres compañías en manos del enemigo, el resto de la guarnicion con el coronel de artillería D. Miguel Lopez Baños llegó felizmente á incorporarse á nuestro ejército. Por el mismo tiempo, merced á una sorpresa, se apoderaron los franceses de las Medas, islotes situados al Sur de una de las puntas del golfo de Rosas, sitio muy importante para ellos porque les aseguraba el cabotage de toda aquella costa y quitaba á los buques ingleses el asilo que tenian allí.

Poco tiempo gozó el mariscal Augereau de estas dos últimas ventajas adquiridas bajo su direccion, porque sus derrotas en Villafranca y Manresa y el abandono de Reus le hicieron caer en desgracia de Bonaparte, que en los últimos dias de mayo nombró para reemplazarle en el mando de Cataluña al mariscal Macdonald, duque de Tarento, dando así á este la prueba mas lisongera de la confianza que le inspiraba, cuando le encargaba el gobierno de un distrito que ya habia hecho perder su gracia á dos afamados generales. No por eso fué el duque de Tarento mas feliz que sus antecesores: el valor de un pueblo heroico que habia jurado morir antes que perder su libertad é independencia, eclipsó tambien la brillante estrella del nuevo gefe.

El mariscal Augereau salió de Cataluña seguido de las maldiciones que llevan siempre en pos de sí los verdugos de la humanidad, pues aquel mismo hombre á quien vimos embarcar en Barcelona á su antecesor Duhesme en castigo de sus excesos, segun hipócritamente decia, los cometió despues tanto mayores cuanto pueden decirlo las horcas que hizo colocar en gran número en el camino real de Gerona á Figueras, mandando colgar en ellas á todos los paisanos armados que cojian sus tropas. ¡Inhumano y miserable recurso que exaltó, en vez de abatirlo, el ánimo de los catalanes!

El duque de Tarento se propuso seguir un rumbo distinto, y creyó captarse el afecto de los habitantes del pais con pomposas proclamas henchidas de halagüeñas promesas, y que solo respiraban intenciones pacíficas y humanitarias; pero amaestrados los catalanes con la esperiencia, despreciaron sus arterias y frustraron desde luego la primera tentativa del duque para proveer á Barcelona.

Esto por lo que toca á Cataluña. El general Suchet, que tenia á sus órdenes á casi todo Aragon, habiase á principios de este año preparado á sitiar á Lérida; pero una órden que recibió de José paralizó por entonces su proyecto.

El coronel García Navarro ocupaba en el mencionado Aragon la derecha del rio Algas con cinco batallones. Los franceses procedentes de Calanda, Caspe y Alcañiz, reuniendo fuerzas muy superiores en los pueblos de Valderrobles y Maella, en la márgen izquierda del mismo rio, forzaron el paso el 10 de febrero por enfrente del pueblo de Horta; mas las tropas españolas les opusieron una obstinada resistencia, y haciéndolas replegar, siguieron su retirada hasta la ventajosa posicion de Prat de Conté. Despues de esta accion, noticioso García Navarro de que los enemigos se dirigian por el camino de Bot, marchó con su columna y alcanzó la retaguardia enemiga en las alturas de este pueblo, desalojándola de ellas y obligándola á repasar el Algas.

Entretanto llamaba la atencion en Navarra uno de aquellos hombres singulares que, saliendo de la masa del pueblo, imponian entonces respeto á las legiones francesas y admiraban al mundo con sus hazañas. Dicha provincia, que habia permanecido tranquila durante la primera campaña, fué despues una de las que mas dieron que hacer á los franceses, habiéndose levantado en ella, como en otro lu-

gar hemos dicho, un número considerable de partidas que interceptaban los correos y sorprendían los convoyes, llegando mas de una vez á dejar reducida la autoridad del conquistador al solo alcance del cañon de Pamplona. Un estudiante llamado Javier Mina, á quien hemos nombrado tambien, dió ser y vida á todo aquel movimiento.

La presencia del jóven Mina en medio del teatro de la lucha escitará tal vez el menosprecio de aquellos hombres comunes, que queriendo medir las dimensiones de la capacidad humana por el mezquino tipo de la suya, y sin saber dar un solo paso mas allá de los rutinarios preceptos que aprendieron en los libros, no comprenden que en todas las cosas hay siempre algunos génios privilegiados, á los cuales sirven de estorbo las máximas ajenas, por la pura y sencilla razon de hallar ellos en sí métodos propios para resolver instintivamente los mas complicados problemas. Sin anteriores estudios estratégicos, sin haber cursado en los colegios militares, halló Mina en su solo corazón los medios y recursos mas á propósito para batir y vencer á los primeros guerreros del siglo XIX. Desde sus primeros pasos acreditó sus altas disposiciones para el fin que se habia propuesto, cogiendo á la cabeza de un puñado de hombres laureles verdaderamente envidiables, causando al enemigo repetidas sorpresas, y conduciendo sus prisioneros á la plaza de Lérida, cuyo gobernador le facilitó armas, municiones y recursos. La fama de su nombre voló rápidamente por toda la Península, y la Junta de Sevilla le regaló una bandera, la cual le sirvió para organizar y regimentar su gente, y continuar sus servicios de la manera que él sabia hacerlo, no atacando jamás al enemigo sino cuando la dis-



BANDERA REGALADA AL JÓVEN MINA.

posicion del terreno ó la superioridad numérica de su gente le aseguraban el éxito. Al paso que aterraba á los franceses con su actividad y valor, temíanle sus mismos paisanos por la severidad con que castigaba á los que prestaban algun servicio al enemigo, sin que les sirviese de excusa decir que lo hacian forzados. Conducta cruel ciertamente; pero necesaria tal vez si hemos de dar crédito á algunos. El hombre de sentimientos humanos queda irresoluto, indeciso, entre prestarle ó no su aprobacion, pues cuando ve la boea del fusil asestada contra un desgraciado á quien solo la punta de la bayoneta pudo hacer que se resolviese á conducir un pliego ó servir á los contrarios de guia, no puede contemplar aquel cuadro sin estremecerse de horror; pero luego vacila y titubea viendo la causa nacional salvada por efecto de esa misma crueldad, y aun contenida la efusion de sangre con la que en esos términos se vierte para impedir que se derrame mas. Tal es el argumento que se hace. Nosotros, sin embargo, no aprobamos las medidas de Mina en ese terrible sentido; pero como quiera que sea, ellas le aseguraron el secreto de todas sus operaciones, y le pusieron en estado de combatir con los gruesos destacamentos enemigos y de apoderarse de todos sus convoyes. Ya se ocultase en los bosques para atacar al enemigo, ya marchase á sorprender los puestos de este, ya se retirase para evitar su persecucion, en todos los pueblos era recibido, temido y obedecido, sin que nadie jamás le vendiese, ni descubriese á ninguno de sus parciales. Llegó á tomar tal ascendiente y á dominar el pais en tales términos, que ya en el mes de enero de 1810 hizo que el gobernador francés de Navarra entrara en negociaciones con él, como con un general de ejército, sobre el cange de prisioneros, y aun admitió en Pamplona como parlamentarios á los oficiales que Mina al efecto envió.

Hechos tan ruidosos, ejecutados en una provincia fronteriza del imperio, que tanto humillaban el orgullo francés, que tanto comprometian la opinion de los vencedores del mundo á los ojos de Napoleon, y que tan frecuentemente, por último, entorpecian las operaciones de los enemigos de España, hicieron conocer al general Suchet la necesidad de destruir á toda costa aquella formidable partida, y á su terrible gefe sobre todo. Autorizado plenamente para este objeto, mandó al general Harispe perseguir á Mina sin descanso. Este gefe marchó en los primeros dias de enero sobre Sangüesa, poblacion ocupada por Mina, mientras cuatrocientos polacos caminaban en igual direccion, y una columna de ochocientos hombres partia de Pamplona para asegurar el resultado de aquel movimiento, mandando igualmente Suchet dos batallones á interceptar el paso del Cinca, por si el intrépido guerrillero se dirigia á la frontera de Cataluña. El mismo general se trasladó á Huesca para asegurar la ejecucion de un plan tan bien combinado; pero Mina burló completamente los designios de sus perseguidores á beneficio de una marcha tan rápida como bien dirigida, y sorprendió diestramente á Tafalla, obligando á la guarnicion francesa á refugiarse en un cuartel, donde estuvo constantemente encerrada mientras él permaneció allí. Tan osada tentativa, hiriendo el amor propio del enemigo, le hizo redoblar su actividad en perseguirle; por lo cual el intrépido caudillo, conociendo que el rigor de la estacion le impedia permanecer en las montañas, mandó ocultar las armas y despidió la mayor parte de su gente, consiguiendo así libertarse de caer por entonces en las garras de sus enfurecidos enemigos.

Suchet pasó á Pamplona, depuso las autoridades civiles y se retiró á Zaragoza, en donde el 5 de febrero recibió la orden que con fecha del 27 de enero le comunicó el rey José para marchar inmediatamente á Valencia, asegurándole que aquella ciudad le abriria las puertas. Obedeció el general y marchó sobre aquella ciudad en dos divisiones, caminando la una por Morella y la otra por Albufera, en cuyo pueblo encontró la vanguardia del ejército de Valencia, á la cual derrotó, causándole bastante pérdida. Continuando luego su marcha á la capital, y ocupando con una de sus divisiones en 5 de marzo el barrio de Murviedro, á la izquierda del Guadalaviar, se presentó delante de Valencia, confiado en que una conspiracion le franquearia la entrada. En aquella capital continuaba mandando y desplegando

un rigor inquisitorial el general D. José Caro, que con sus tropelías y crueldades tenia sumamente disgustado al pueblo: sin embargo, la presencia del ejército francés, suspendiendo resentimientos personales, unió los ánimos en contra del enemigo comun. La noticia de que este contaba con una conspiracion interior para apoderarse de la ciudad (cosa no averiguada todavia), hizo estallar una conmocion popular, siendo arrestados muchos de los tenidos como sospechosos. El general Caro hizo poner la horca en medio de la plaza para aterrar á los traidores, como él mismo decia, siendo ejecutado en aquella el coronel baron de Pozoblanco, acusado del crimen de traicion; pero no convicto de tal.

Observando el general Suchet el aspecto imponente de la capital, y viendo que el espíritu de esta dominaba no menos decidido en los pueblos de sus contornos, determinó su retirada á Aragon, tomando en una sola columna el camino de Segorbe y Teruel, que sabia se hallaba amenazado por los españoles. En efecto, el general Villacampa, aprovechando la ausencia del ejército francés, habia sorprendido á Teruel el 7 de marzo, obligando á encerrarse en el Seminario á toda su guarnicion. Sabedor el mismo Villacampa de que habian salido de Daroca ciento cincuenta franceses escoltando cuatro piezas de artilleria de montaña y varias cajas de municiones, con direccion al ejército, dirigióse al momento contra ellos y se apoderó de todos; rindiendo poco despues prisionera á una compañía de polacos que se hallaba en Albetosa. La guarnicion francesa de Ternel, que continuaba estrechamente bloqueada y estaba ya en bastante apuro, se hubiera rendido indudablemente si el regreso de Suchet no hubiese obligado á Villacampa á retirarse con precipitacion. El general Suchet marchó á Zaragoza y acantonó el ejército en sus antiguas posiciones.

El brigadier Perena, aprovechándose de esta ocasion, en que la línea del Cinca estaba desguarnecida, intentó apoderarse de Monzon; pero fué rechazado por el general Verges.

La retirada de las tropas francesas de Navarra abrió á Mina entretanto una nueva campaña, y adelantando sus escursiones penetró hasta Aragon, ocupando las Cinco Villas. Suchet volvió á destacar al general Harispe en su persecucion, mandando salir al mismo tiempo dos mil hombres de Jaca para cortarle la retirada. El general Dufourt ocupó con su division todos los pasos, y hostigado Mina por todas partes cayó al fin en poder de los franceses el dia 4.º de abril, siendo á continuacion conducido prisionero á Francia y encerrado en el castillo de Vicennes. Este arrojado jóven, cuyos talentos prometian tanto, regresado á España despues de la guerra y no queriendo vivir bajo el yugo opresor que afligia á su patria, marchó á América, en donde murió, aumentando el número de tantos españoles beneméritos como el génio del despotismo ha sacrificado á su furia.

Poco tiempo disfrutaron los franceses la tranquilidad que la prision de Mina parecia prometerles en Navarra, porque su tio D. Francisco Espoz y Mina se encargó de vengar su desgracia, y lo hizo de un modo tan glorioso como lo veremos despues, immortalizando su nombre en los fastos de la independencia y de la libertad española.

Pesaroso el general Suchet de su frustrada expedicion á Valencia desaprobada por Napoleon, y en la que él no tuvo mas parte que la obediencia que debia á José, quiso lavar la mancha que, á pesar de su inculpabilidad, pudiera haber echado sobre su reputacion militar, y preparóse á llevar á cabo su anterior proyecto de sitiar á Lérida.

Esta plaza que, situada sobre la derecha del Segre en medio de una vasta llanura, no tiene mas defensa en su circunferencia que la de una simple muralla y la que le proporciona aquel rio defendiéndola de Norte á Sur, está muy distante de merecer hoy la celebridad que le dá la historia por las distinguidas acciones que tuvieron lugar en ella, ya en la guerra civil de César, vencedor de Afranio y Petreyo, ya en los siglos XVII y XVIII en las lides que tuvieron lugar entre españoles y franceses.

Hállase Lérida situada en el camino real de Aragon y Cataluña, á 25 leguas de Zaragoza y casi igual distancia de Barcelona. Tiene un puente de piedra sobre el Segre, y su poblacion viene á ser de quince á diez y ocho mil almas. El general Suchet emprendió este sitio contando con la cooperacion del ejército francés de Cataluña que, segun las órdenes que habia recibido de su gobierno, debia desde Reus y campo de Tarragona apoyar sus operaciones, impidiendo que las tropas del general Odonnell intentasen molestar á los sitiadores; mas esta cooperacion no pudo tener efecto, por haber tenido Augereau que retirarse á Barcelona, como ya anteriormente hemos dicho. Suchet principió á preparar las operaciones del sitio de Lérida, antes de su expedicion á Valencia, posesionándose de Fraga y de Monzon, avenidas principales de aquella plaza. En Fraga construyó alojamientos para su tropa, apuntalando el puente de madera para poder pasar la artilleria, y renovando y aumentando las obras del pequeño fuerte de Monzon, para que le sirviesen de punto de apoyo.

La division española del Segre y del Cinca, de la cual formaba parte la guarnicion de Lérida, entorpeció cuanto le fué posible las operaciones del enemigo; pero aniquilada por la continua fatiga y por el gran número de bajas que resultaron en ella, merced á los sangrientos choques que sostenia casi diariamente, no podia impedir los proyectos de Suchet. Sin embargo, durante la ausencia de este, redujo á cenizas el puente de Fraga, quedando libre al menos por esa parte.

Cuando el enemigo se presentó delante de Lérida, no se habia concluido ninguna de las obras proyectadas para su defensa. Eran estas un gran hornabeque con grandes fosos sobre el frente del fuerte de Garden, que mira al llano del mismo nombre, un parapeto con varias troneras sobre el rio Segre en el llano llamado la Carretera, un baluarte en la puerta de San Antonio, y finalmente un camino cubierto para servir de comunicacion desde Garden á la ciudad. Todas estas obras se hallaban casi en embrion, y solo servian para dar á la plaza una apariencia de fortaleza que en realidad no tenia. La principal defensa de Lérida consistia en el castillo, situado en una eminencia que cierra la ciudad por el norte, y en el fuerte de Garden, separado de la plaza al oeste. Los reductos del Pilar y de San Fernando y algunos débiles baluartes contribuian tambien á la defensa.

Dejando Suchet en Fraga la tercera parte de sus tropas á las órdenes del general Laval, dirijióse con 20,000 hombres sobre la plaza que intentaba rendir. Mandaba en ella D. Jaime García Conde, comandante general del canton del Segre y Cinca, y era gobernador de la misma el general D. José Gonzalez, no llegando su guarnicion á 4,000 hombres, ni á 900 la del fuerte de Garden, entre los cuales se contaban muchos reclutas. Conociendo García Conde los apuros que le esperaban, solicitó con instancia del general Odonnell le auxiliase con tropas y dinero: este general se lo ofreció asi, pero no cumplió su promesa sino cuando ya no era tiempo.

El temor á los desmanes de los invasores atrajo de varias partes á la plaza multitud de familias, y si bien se les mandó abandonarla, no fué ya su salida posible por la estrechez del bloqueo. La premura del tiempo, el respeto á la propiedad, y quizá alguna menos firmeza de la que en tan aflijidos casos deben tener las autoridades, inutilizaron la orden que se dió para despejar las cercanías de la plaza de las casas de campo, molinos y arbolados que perjudicaban á su defensa, y que tantas ventajas ofrecieron luego al enemigo. Unidas estas circunstancias á lo escaso de la guarnicion (que apenas tenia dos ó tres hombres para cada pieza de artilleria), á la poca instruccion de los artilleros, y aun de sus oficiales improvisados en el mismo Lérida, y á la falta, en fin, de almacenes, hospitales, medicinas, camas y demas elementos indispensables en tales casos, eran bastantes para desalentar al corazon mas animoso.

Este era el estado miserable en que se hallaba la plaza, cuando el 12 de abril se aproximaron los franceses á ella, estableciendo desde luego sus principales baterias contra el Cármen, como parte mas débil, y algunas otras contra los fuertes,

no sin oposicion de los destacamentos de la guarnicion, que les disputaron el terreno, causándoles bastante pérdida, aunque tuvieron que ceder al fin y retirarse con algunas desgracias. Aquel mismo dia se apoderaron los franceses de todas las casas y bosques de las inmediaciones y circunvalaron la plaza, situando varios destacamentos en frente del Cármen, puerta de la Concepcion, reducto de Garden, y otros reductos de alguna consideracion á la otra parte del Segre, destacamentos que recorriendo todo el frente, impedian la salida del puente y adelantaban sus partidas al abrigo de las acequias que abundan en aquel terreno. El 13 hubo una accion bastante reñida, mandada por el brigadier D. José Bequer, en que las guerrillas sostuvieron el fuego todo el dia, hasta que reforzados los enemigos, tuvieron los españoles que replegarse con alguna pérdida. El 17 hizo la guarnicion una salida, pero no con las precauciones necesarias, lo cual fué causa de ser rechazada con corta pérdida.

La noche del mismo dia 17 empezaron los franceses á cubrir sus trincheras frente á los reductos de Garden, aunque las obras que emprendieron contra estos no tenian tanta estension ni importancia como la que construyeron despues contra el Cármen, hácia cuyo lado situaron las baterías de brecha. Desde el 17 al 22 hicieron los sitiados varias salidas, ya con objeto de desmontar algunos bosques que favorecian al enemigo, ya á fin de proporcionarse algun forrage para mantener el ganado y la caballería; pero puede asegurarse con verdad que cada rama que se cortó costó á los españoles dos hombres heridos ó muertos, y las pocas que se lograron introducir en la plaza, aun fueron disputadas por los paisanos á pretexto de ser dueños de los árboles.

Sabiendo Odonnell el peligro que corria Lérida, trató de socorrerla, aunque algo tarde, y juntando en Tarragona los restos de las tropas que habian sido derrotadas en la accion de Vich, emprendió el 22 su marcha con direccion á los desfiladeros de Montblanc. Llegó el 23 á la llanura de Margalef, y continuó avanzando en tres columnas, una que siguió por el camino real y las otras dos que marchaban á sus flancos, aunque bastante rezagadas. Luego que Suchet supo el movimiento de los españoles, emprendió el suyo, y se encontró con la primera columna de Odonnell que marchaba agena de esperar semejante encuentro. Esta recibió el primer choque y lo sostuvo por algun tiempo, hasta que arrollada su caballería por la contraria, introdujo el desórden en las filas, pronunciándose en derrota toda la division, la cual fué perseguida hasta Juneda, perdiendo 5,617 prisioneros, entre

